

pretendían repartir a todos los miembros de la sociedad en tres órdenes: los oradores (los que rezan), los bellatores (los que luchan) y los labatores (los que trabajan). «Esta división tripartita —comenta Nelli— no es que sea absurda, pero sí demasiado general para que corresponda a la verdadera situación sociológica: bajo la presión de los hechos y de las circunstancias, estallaba por todos lados».

El catarismo y, en general, todo el pensamiento heterodoxo, contribuyeron a sacar a la luz la realidad de este estallido. La Iglesia siente temor hacia los nuevos herejes, que siembran el error diseminados por toda la tierra, y a sus hombres los llama «pestíferos», «reptiles», «escorpiones» siempre en pos de nuevas víctimas a las que intentan infectar con su veneno. Son los «hijos del Espíritu de las Tinieblas», que anuncian al que vendrá, su maestro, el Anticristo.

Cuna de cátaros

Cátaro significa puro. El nombre es de origen griego y su filiación es oriental. Según los historiadores, el lugar desde el cual la herejía se extendió sería el monte Aimé, en Champaña; los misioneros de Colonia descubiertos en 1163 procedían de Flandes y, en 1165, una treintena de alemanes de lengua y nacimiento desembarcaron en Inglaterra donde su predicación fue un fracaso. Occitania no es ni el lugar de origen del catarismo ni el centro más antiguo. Sin embargo, los cátaros de Occitania son los que tendrán mayor peso específico.

Labal es de la opinión que explicar la implantación del catarismo en las regiones albigenses, tolosana y carcasonense no es tarea fácil. La creencia cátara penetra en los más diversos medios: grandes señores que codician las tierras de la Iglesia; hidalgos de gotera irritados a causa de sus diezmos; mujeres que huyen de una Iglesia pensada por hombres y de una sociedad que quieren conquistar los hombres; gente del pueblo, sensible a la palabra de predicadores simples en su expresión y en su vida; capellanes en apuros. También hay que añadir gran número de mercaderes y burgueses, que se sienten felices de haber encontrado religiosos que no legislan sobre la usura. Nelli señala que «en Albi, así como en las demás ciudades del Languedoc, son los burgueses, los juristas, los banqueros, los mercaderes quienes se muestran más unidos a la herejía y con mayor fidelidad hacia los buenos hombres».

Los «buenos hombres», también conocidos con el nombre de «perfectos» eran los cátaros que daban al catarismo una dedicación completa. Los adictos y seguidores en general, que eran mucho más numerosos se llamaban «creyentes». «Nunca se atribuyeron —comenta Nelli— a sí mismos el soberbio apelativo de perfectos: los creyentes les llamaban simplemente buenos cristianos, buenos hombres, amigos de Dios. Las perfectas eran las buenas cristianas o las buenas mujeres».

Las mujeres perfectas

Labal insiste en que hay que conceder una importancia muy especial a las casas de las perfectas. «Si, de hecho, —dice—, los ministros cátaros solían ser hombres del pueblo, artesanos y campesinos, las perfectas, en cambio, solían ser aristócratas». Su

casa, que es a menudo la vieja mansión señorial de la aldea o una casa fortificada de la campiña circundante, tiene siempre abiertas sus puertas. La dueña, la mayoría de las veces, es una viuda. Junto a ella, una o varias de sus hijas o de sus sobrinas solteras o viudas a su vez.

Nelli afirma que muchas mujeres escogieron la Orden cátara porque aseguraba la igualdad de los sexos y atenuaba el carácter injusto de la supremacía patriarcal. Esto no quiere decir que la misoginia estuviera del todo ausente en el catarismo: algunos cátaros sostenían que, para la mujer, la última reencarnación del alma debía hacerse en cuerpo de hombre; otros, que el ángel de Adán era de un cielo superior al del ángel de Eva. Sin embargo, el dogma enseñaba no sólo que las almas, asexuadas, eran iguales, sino incluso que las reencarnaciones cambiaban tanto a los hombres en mujeres como a las mujeres en hombres.

En cuanto al matrimonio, los cátaros y la mayoría de los heréticos meridionales, no lo concibieron como un sacramento, sino como un algo que sólo debía basarse en el amor, el consentimiento y la fidelidad recíproca: el matrimonio quedaba perfectamente cumplido desde el momento en que cada uno de los contrayentes ha prometido su fe al otro.

Para los cátaros era mejor el concubinato que el matrimonio, y el amor espiritual mejor que el amor físico.

El libertinaje constituyó para las mujeres del siglo XIII, a mismo título que el ascetismo, pero en sentido inverso, una protesta inconsciente contra el orden social, que las vejaba, y sobre todo contra el matrimonio desigual, a favor del hombre. No tenían dónde escoger, si querían afirmar su autonomía, más que entre el camino de la valorización total de la libertad amorosa, combinada con la idea de que el amor no es un pecado, y el camino aconsejado por los «buenos hombres»: ascetismo y perfección.

La doctrina cátara

Los cátaros fueron casi todos dualistas absolutos. La moral cátara se deduce de la naturaleza maligna de la Manifestación: el Bien, la Virtud, la Salvación consisten en desligarse absolutamente de la Materia creada por el Demonio. Por otra parte, estos heréticos del siglo XIII condenaban el juramento, el homicidio bajo todas sus formas, la guerra, la justicia humana (la de los reyes, de los señores, de los obispos) e incluso la muerte de los animales. «La doctrina enseñaba —dice René Nelli— que matar para defenderse era tan grave como matar por malicia. El homicidio estaba prohibido bajo todas sus formas y no había circunstancias atenuantes».

En cuanto a su jerarquía es de señalar que cada obispo tenía un «hijo mayor» y un «hijo menor» que le servían de coadjutores y un diácono. En Occitania hubo hasta cinco diócesis cáteras: Tolosa, Carcasona, Albi, Agen y el obispado de Razès. Hay que añadir que los cátaros no tuvieron nunca papa, sólo reconocieron en determinadas épocas a un obispo residente en Hungría como maestro espiritual.

La presencia de objetos piadosos no es exigida en absoluto por el catarismo, religión más bien abstracta y enemiga de la superstición. Pero el culto a los muertos

sobrevive a todas las prohibiciones. Es por esto que solían colocar una medalla o una cruz griega sobre los cadáveres.

Los cátaros defendieron la libertad de comercio frente a la postura de la Iglesia que prohibía y desaconsejaba los préstamos de comercio. No hay que olvidar que el catarismo interviene justamente en el momento en que aparecen las primeras manifestaciones del capitalismo: la primera letra de cambio (fue librada en Marsella el 15 de febrero de 1200), las primeras sociedades por acciones, los primeros intentos de transformación de los «beneficios» feudales en valores negociables...

La moral cátara apoya los intereses de la burguesía mercantil y la evolución de la economía en general. Se muestran partidarios del nuevo orden en el que la libertad comercial debía aparecer como el testimonio de todas las libertades. Muchos prestamistas eran cátaros o burgueses afiliados al catarismo. De ellos escribe Raimon de Cornet a finales del siglo XIII: «Son tan avispados para las ganancias que son capaces de falsificar sus obras; venden con destreza y elevan tan alto el precio que obtienen pingües beneficios».

Persecución y clandestinidad

Para restablecer el orden católico hubo que tomar medidas preventivas, exigiendo de toda la población que se mostrara, exteriormente, respetuosa hacia la Iglesia, forzando a los rebeldes a darse a conocer. La Inquisición no estuvo ausente, y las penas que imponía sobre los herejes eran proporcionales al delito cometido. Los culpables o sospechosos de herejía solían ser condenados a duras penitencias. Honorio IV ordenó incluso «perseguir a las personas cuya temerosa audacia intentara con todas sus fuerzas entorpecer el ejercicio de la Inquisición».

Los delatores ocasionales, que recibían una recompensa importante, fueron numerosos: pronto se transformaban en profesionales. La más temible especie era la de los cátaros expoliados, o la de los herederos despojados de su herencia por herejía, que entraban al servicio de la Inquisición con la esperanza y también la seguridad que se les daba de recuperar sus bienes y ser al fin definitivamente absueltos.

Los métodos de investigación eran detallados: todos los hombres de más de catorce años y las mujeres de más de doce estaban obligados a jurar que denunciarían a los herejes. Pero la persecución es aún más sutil: podían ser objeto de persecución aquellos que mostraban «poco interés o poco ahínco» en la búsqueda del hereje.

Labal concluye su trabajo de investigación diciendo: «La herejía fue un desafío a la Iglesia católica. El descubrimiento de este desafío causó una intensa emoción a finales del siglo XII. A este desafío, la cruzada y la Inquisición dieron una respuesta violenta. Violencia porque probablemente se creyó que el tiempo apremiaba. La atmósfera de crisis que se cernía sobre el pontificado de Inocencio III influyó, sin duda, en la brutalidad de las decisiones».

A mediados del siglo XIV, el catarismo había desaparecido en Occitania.

Nelli, por su parte, afirma al final de sus páginas: «Si el catarismo medieval no es ahora sino una aventura histórica, sus constantes que, en tanto que esquemas místicos, condicionan más de lo que se cree el pensamiento humano, inspiran siempre morales

reformadoras y movimientos liberadores. Probablemente será así hasta el fin de los Tiempos».

«Todo lo que puede llegar a decirse —dice también—, es que si la historia nunca se repite, los fanáticos se repiten una y otra vez e incluso con una constancia que sorprende: son los mismos actos, las mismas palabras. Los verdaderos hombres de espíritu tampoco han variado mucho en su comportamiento: prefieren dejarse matar que matar».—ISABEL DE ARMAS (*Juan Bravo*, 32. MADRID).

Modismos y coplas de ida y vuelta *

Libro dedicado a explicar la etimología y la historia de algunos modismos y expresiones, generalmente andaluces, que traspasaron el Atlántico y se implantaron —algunos, no todos los reseñados— en la América hispanohablante. Son muchas, sin embargo —casi la mayoría— las expresiones sobre las que no se explica ni etimología ni historia, aunque sí su significado.

Obra, de todas formas, valiosa e interesante para todos los estudiosos de la lengua castellana en sus diferentes palabras, coplas, expresiones y modismos pintorescos, más o menos habituales del idioma hablado.

Aparte de la reseña etimológica, a veces se detiene el autor en el estudio de posibles errores en la transcripción de una expresión o copla. Es el caso, por ejemplo, de la famosa copla del Café de Chinitas, transcrita en su versión más conocida por Federico García Lorca, transcripción que el autor pone en entredicho («No para restar méritos al poeta», afirma). La copla, según nos ha llegado a nosotros, dice: «En el Café de Chinitas / dijo Paquiro a su hermano: / soy más valiente que tú, / más torero y más gitano./Sacó Paquiro el reló / y dijo de esta manera: / ese toro ha de morir / antes de las cuatro y media. / Al dar las cuatro en la calle / se salieron del Café, / y era Paquiro en la calle / un torero de cartel».

«La composición tiene gracia, musicalidad, color —dice Manuel Barrios—, pero no sentido.» Y se pregunta: ¿Por qué Paquiro, en la plenitud de su gloria, va a decirle a un hermano suyo, anónimo, que es más valiente, más torero y más gitano que él, siendo esto de sobra conocido? ¿Qué pinta aquí un toro que ha de morir antes de las cuatro y media? ¿Quién duda de que Paquiro sea en la calle, como en la plaza, un torero de cartel...? Nada de esto responde a la lógica y ésta nunca falta en las coplas populares. Tras un paciente y profundo estudio del caso descubrimos, al fin, un error: leve, insignificante, pero decisivo. Lorca había colocado mal la preposición «a»; sólo con situarla en el sitio exigido por la oración, la historia resultaría distinta y del todo coherente: «En el Café de Chinitas dijo a Paquiro su hermano»... No es Paquiro quien habla, sino el otro. El torero responde con un desafío: «Ese toro (es decir, quien acaba

* MANUEL BARRIOS: *Modismos y coplas de ida y vuelta*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1984.